

Ludovic Janvier

Hacia Bathory

(Acto para un personaje en seis momentos)

Escenario: Al principio desnudo, como entre bastidores.
Luz: Pobre, llana, y luego tal como se indica durante la obra.
Decorado: Si es posible, ningún elemento de decorado al levantarse el telón, o encenderse las luces. No obstante, si ha habido que instalarlo antes de la entrada de la actriz, se escogerán elementos no identificables a primera vista.

Es la actriz quien instalará, al hacer su entrada, el área de actuación. Los elementos de dicha instalación son:

Un maniquí cargado de vestidos amontonados sobre él o puestos.
Un enorme espejo, vertical, con inclinación variable, en forma de ocho, y que pueda sostener, por medio de almohadillas colocadas en el centro del ocho, el peso del cuerpo.

Dos candelabros cuya luz será vacilante.

En la oscuridad un *Nécessaire de toilette*.

Una cama baja, muy sencilla.

El escenario acabará representando la habitación de un castillo, las dos aberturas de la cual han sido tapiadas de la manera siguiente: la puerta, totalmente a no ser por un postigo (con repisa) abierto en ella para permitir el paso de los alimentos; la ventana, al principio, en sus dos terceras partes, y más tarde en sus $\frac{1}{4}$ (véase desarrollo de la obra, 1er. cuadro), de tal manera que la luz exterior que subsista aparezca sucia, lejana.

La actriz tendrá la edad que se quiera, siempre y cuando tenga la fuerza requerida. Erzsébet, a su vez, "aparenta" cincuenta años, conservados a fuerza de maquillajes. Su piel es muy blanca y hasta luminosa. Una gota de cristal de roca pende entre sus pechos. De vez en cuando, se lleva la mano a la piedra, con un gesto obsesivo. Otro de sus gestos será apoyarse las dos manos, con los dedos separados, durante un largo momento, sobre las sienes.

1

Al hacer su primera entrada, la actriz está aún terminando de vestirse como Erzsébet Báthory. Luego, instala con brevedad los

decorados, según se indicó arriba. (Esta instalación puede ser efectuada en silencio o subrayada por un texto improvisado libremente. Las últimas palabras podrían ser: "Bueno, ya está.") Cuando ha terminado, haciendo una seña hacia un operador invisible, obtiene un oscuro total. Al amanecer, por cierto con bastante rapidez, (es la luz del día que llega desde la ventana imperfectamente tapiada), se ha instalado, casi acostada, sobre el espejo. Como si abrazara a su imagen. Se arranca de él al cabo de un momento para decir, volviéndose hacia el operador:

No, es demasiado rápido, ni hablar. Amanecer, entiendes. De un día enfermizo, lejano y, diría yo, muy filtrado. Vuelve a bajar hasta cero, y la subes muy, muy lentamente. ¿De acuerdo? Inténtalo, mientras yo digo la sentencia Thurzo.

Durante lo que sigue, el operador, que ha vuelto a poner la escena a oscuras, hace subir muy lentamente la luz diurna tal como se le ha pedido.

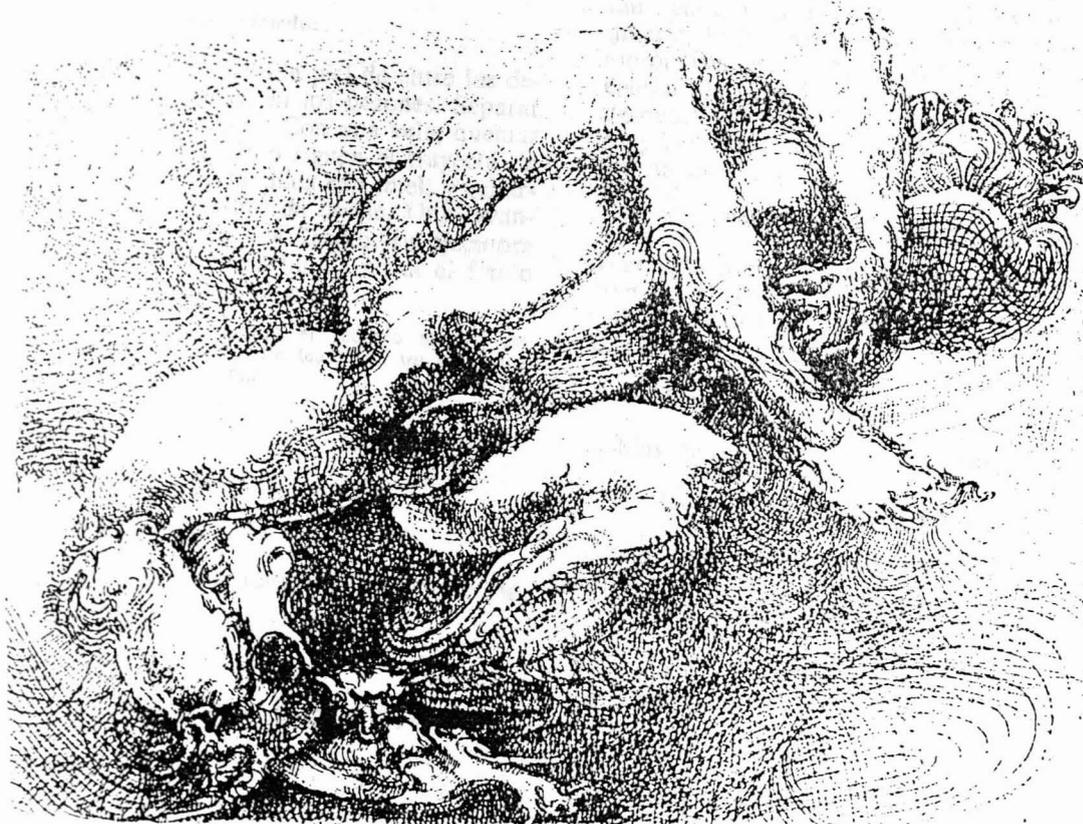
"Erzsébet, eres como una bestia, estás viviendo tus últimos meses. No mereces respirar el aire de esta tierra, ni mirar la luz de Dios; ya no eres digna tampoco de pertenecer a la sociedad humana. Vas a desaparecer de este mundo y no volverás jamás a él. Las tinieblas te rodearán y podrás arrepentirte de tu vida bestial. Dios perdone tus crímenes. Señora de Csejthe, te condeno a prisión perpetua en una alcoba de tu propio castillo."

El día ha terminado su ascenso. Dirigiéndose al operador:

¡Muy bien! Vamos ahora.

Se concentra, y luego:

Puedes bajarla.



Oscuridad total. La luz creciendo lentamente ilumina el mismo cuadro: la actriz apoyada contra (y sobre) el espejo, como si buscara hacer cuerpo con su reflejo. Mismo dolor cuando al cabo de un momento se arranca de él.

De su vida bestial. Bien. ¿Qué, soy yo quien debe correr esa carrera hacia la sangre? ¿En persona lanzarme hacia esas imágenes? Miedo, ¿eh? Aquí estás, tú lo has querido. El deseo de acercarse a mirar, con ojos bien abiertos, sí sí, bien abiertos. ¿No alardeas un poco? No —pero si no soy yo. Yo sólo mostraré. Mostraré.

Habiendo vuelto al espejo, mientras esboza, simbólicamente o en realidad, los gestos de un maquillaje que sería el toque final de su preparación para el papel (edad, expresión), dice, en tono de estar citando:

Nacida en tal fecha, muerta en tal otra, en 1614, creo, Erzsébet Báthory, condesa húngara. Pero al mismo tiempo princesa. Hungría, además, no basta. Su tierra es Transilvania. Bosques dolorosos, picos y cimas en que se deslizan las nieblas, leyendas sin fin, prados profundos. Desde esos balcones para rapaces se ve pasar a los turcos. —Mató y sobre todo mandó matar a seiscientos diez doncellas por lo menos, en algo así como siete años. En su mayoría vírgenes. Escasamente mayores de dieciocho años. Bajo tortura. Su propio teatro. Recogidas en batidas sobre sus tierras o dependencias. Su sombra bastaba. Gran familia. Esteban, por ejemplo, príncipe de Transilvania; fue diez años rey de Polonia. Protestantes, además. Erzsébet ocupa salvajemente la época que divide en dos al siglo y medio en que Transilvania no le pertenecía a nadie: ya no a Hungría, aún no a los Habsburgos.

Pausa.

¿Y si fuera yo, a fin de cuentas?

Tono de programa, un poco más animado:

Morder hasta arrancar la piel. Cortarles la piel de entre los dedos a las niñas. Agujas bajo las uñas, en los pezones. Separar los labios con los dedos, un día, y jalar. Con una vela, quemar el sexo abierto. Con tijeras, verlas cómo siguen el trayecto de las venas. Hacer que embadurnen a la chica con miel; y echarla al bosque: hormigas de día y bestias de noche. Una lavandera ha planchado mal: en la boca que Dorko, su ejecutora predilecta, mantiene abierta, la condesa hunde hasta el fondo de la garganta el hierro de alechugar al rojo.

Sigue con la mano las paredes, incluso el "cuarto muro", en caso de que se haya querido colocar este teatro en un escenario a la italiana. Mientras tanto, canturrea:

Un gran ciervo en su casa
Miraba por la ventana
Miraba por la ventana

Se detiene, para continuar:

Otra la ha calzado mal. Le alisa ella misma la planta de los pies con una plancha ardiendo.

Esboza la escena:

"Eso es. Ahora tú también tienes unos bonitos zapatos con suelas rojas."

De nuevo tono de programa:

Verter sobre el cuerpo desnudo de una fugitiva, afuera en una noche de invierno, agua fría. La chica da unos cuantos pasos, y queda congelada. En la jaula de hierro construida especialmente.

Se detiene de nuevo. Es para buscar el dibujo de una melodía ascendente. Es la balada de la dama de Csejthe. Tanteos. Tararea, reconstituye una parte, que canta, y luego:

En la jaula de hierro construida especialmente, torturar a las chicas hasta que se lancen contra las puntas de hierro con que está tapizado el interior, y se desgarran en ellas. La sangre corre, y yo me ha puesto debajo para recibirla sobre mi piel. Juventud. Juventud para siempre sobre mi piel.

Pausa.

¿Y gozar? ¿Gozaba ella?

Pausa.

Se frunce el labio, se tiene repugnancia, y luego ahí se está, a fin de cuentas, mirando desde el balcón, el balcón de sí misma, viéndolas derramarse, lamiéndolas con los ojos, queriéndolas comer a esas vivientes. ¿Parezco estar loca? Mejor. Miren: ahora entra ella. O solamente pasa, da igual. Repartiendo su apostura. Digamos quince años. Aunque tímida, ahí está. Bien ahí, plena. No lo sabe, tal vez. O lo niega. Dos motivos de furor para una. Tan bella que la propia vida se le cae a una. Se habla, entonces, para cubrirlo todo. Y mientras la tan puta sonríe, humildemente, se hace la miedosa, se disculpa y enrojece, las palabras en una coinciden en que ella sola es bella y lo será, para vivir después de una, ser amada. ¿Lo que la palabra ha encubierto? El deseo de desnudarla para hacerse sufrir. A no ser que vengan las ganas de aullar, nada más que viéndola tan densa, y de pensar en mañana, que nos chupa. No es la muerte, lo han visto ustedes, es que una no puede evitar desmoronarse. Para darse cuenta de ello basta un cuerpo que camine delante de una de cierta manera. Bueno. Y una vez desnuda, las ganas de matarla, si matarla es hacerla cesar, con su gracia, que cese. ¿No? —Eso es. Pido disculpas. Pero... no, nada de eso.

Volviendo al tono de la narración.

Han sido necesarias algunas precauciones para cogerla en la trampa. Y tiempo. Castigo moderado, por deferencia feudal y política. A los otros los queman, los decapitan; me tapien, a mí, en...

Muestra el escenario.

—Más de mil días para morir aquí.

Muestra el espejo.

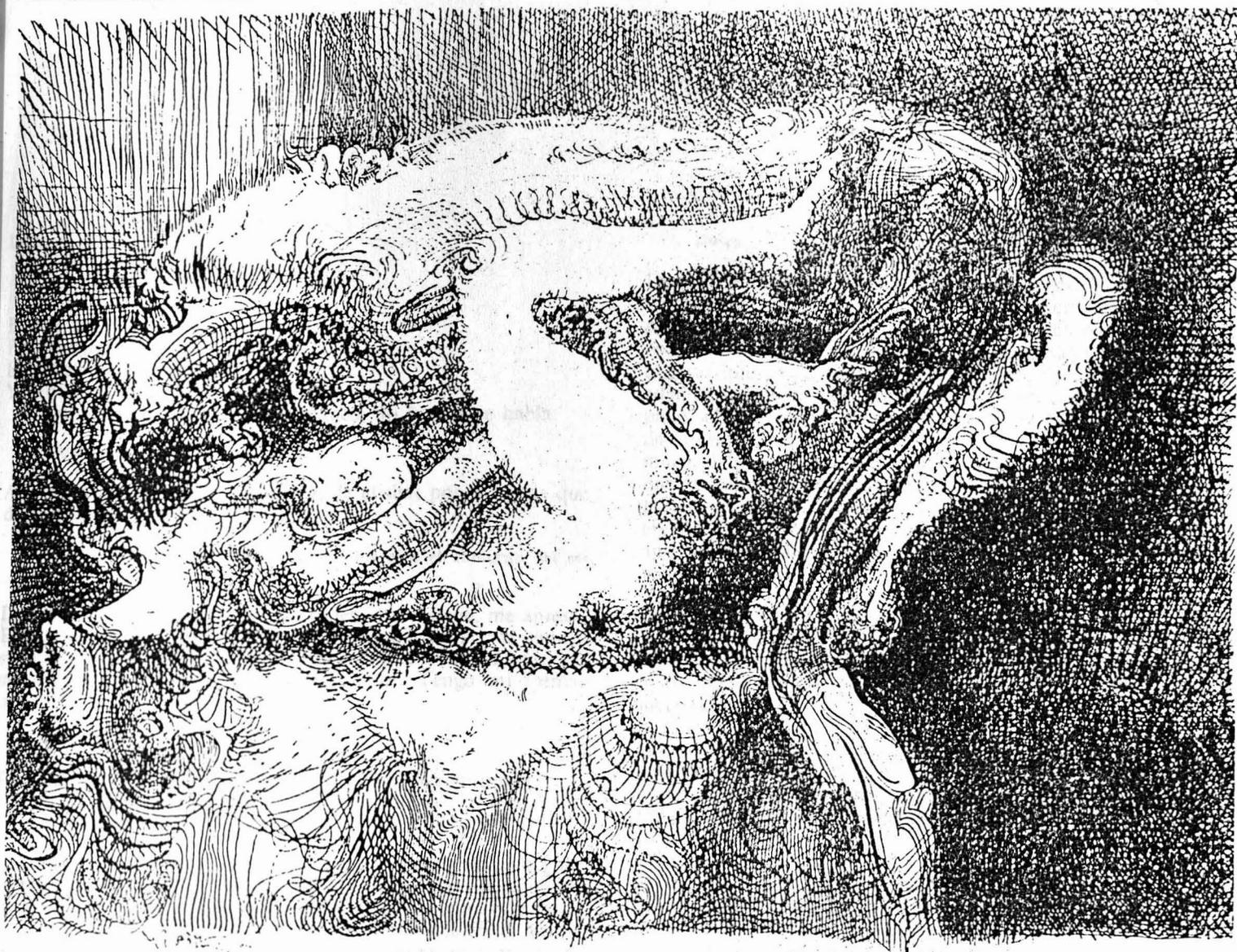
Espejo que había mandado construir para apoyarse en él durante horas.

Mostrando el maniquí y los vestidos.

Una misma. El hastío. —El relámpago que me unirá a mí, lo espero apretando los dientes. Sé lo que es, morder.

Pausa.

Prometida desde siempre, desde niña al marido lejano siempre



guerreando. Se infla, se desinfla, tantas veces como cuatro hijos que le hizo. Luego, lamida por alguna que otra mujer, fornicada por dos o tres salvajes de sus propios hombres. Pero ningún macho tuvo derecho jamás a presenciar los sacrificios.

Citando:

"Esta carta pertenece a Férencz Nádasdy. Esposo mío tan amado, le escribo para hablarle de mis hijos. Gracias a Dios están bien. Pero a Orsik le duelen los ojos y a Kato los dientes. Yo estoy bien, pero tengo dolor de cabeza y me duelen también los ojos. Que Dios lo proteja. Le escribo de Sárvar, en este mes de Santiago de 1596."

Pausa.

Todo ese rebaño de blanduzcas listas ya en pensamiento, listas en imagen para ser cada una, una gorda mamá, ofrecidas, entregadas apenas les cuenten la más mínima fábula: ¡Veremos si no las coso yo, si no las cierro! —O las agujerearé, las enhebraré a mi manera. ¿Eh?

Se acerca lentamente al espejo. Cuando llega junto a él, levanta bruscamente sus faldas hasta los hombros. Está desnuda bajo ellas.

¡ah!

Se baja la falda. Con rabia.

¡Tapiadme de una vez, que esté yo allí!

Como actriz, hacia los bastidores:

Que se vean solamente las manos, eh, no como ayer.

Sin que se vean sino las manos trabajando, alguien termina, durante lo que aquí sigue, de tapiar la ventana hasta sus $\frac{3}{4}$ partes aproximadamente. Mismo tono:

Eso es, así está bien.

Volviendo a la situación:

¡Tapiadme de una vez, que esté yo allí! Que no tenga solamente una piel que arrancarme para ver el día, sino piedras que rascar, con uñas y dientes. Clavadme, que entre en mi noche... Asfixiarme lejos de la hierba.

El día que va extinguiéndose la incita a prender uno de los candelabros. Se dirige con él hacia el espejo, en el cual se contempla largo rato:

Me daré fin con antorchas.

Pausa.

Tal vez.

Sin moverse, hace una seña al operador.

¡Oscuro!

Se hace la oscuridad. Ella sopla la vela.

2

Ha amanecido lentamente. Ella está de pie frente al espejo, llevando otro vestido, con el torso desnudo.

Lunosa, jugosa, lechosa de mí.

Canturrea:

Blanca mi piel
Por siempre clara
Eternamente la luna
Y beber y dormir.

Y vosotros: mis pechos, mis manos, mi boca que habla.

Fuera de papel, hacia la puerta:

Ah, tengo que acordarme, esta vez, de atisbar por la puerta que da al mundo.

Volviendo a la situación, sigue con los ojos el contorno del espejo:

Dos veces ese lazo. Me viste, me rodea, me detiene, me apresa. Enlazada por arriba, enlazada por abajo, tomada por la cintura entre dos dedos. Me rodean. Por lo menos no me iré más, no me dolerá más marcharme, dejar, querer. Tengo mi forma, mis círculos, mi trampa, ¡bien!

Con dulzura:

Es mi mujer, eso, y soy yo. Mi mujer y yo. Yo mi mujer.

Alarmándose:

Qué... —Por qué surge de nuevo eso, con estas palabras: ¿Me queréis de veras? Me conozco salvaje, bien que me conozco salvaje, pero me sé líquida también, infecta, con ganas de repetir, como el joven Mozart a los ocho años: Me queréis de veras, buscando rodillas, o brazos, o aunque no fueran más que ojos. ¡Lo oyen! Incurable. ¡Ah! Tenía ganas de soltar eso. Una gran caca, ni modo, en medio de la iglesia. Y es más, durante la elevación. Todo el mundo con la nariz hacia el suelo, ojos húmedos, escozor en la nuca a fuerza de hundirla humildemente mientras sube la rodaja en el pleno sol de la custodia. Estoy en el pasillo central, apenas bajo calzón cuando ¡plaf! lo dejo ir todo sin acuclillarme o casi. La niña pequeña que observabais con ojos enternecidos deja ir su amplia palmada de caca sobre el suelo enlosado y recién encerado: ¿me queréis de veras? ¿Todo? ¡Ah, qué cara la vuestra!

Pausa.

Lo inventé todo. Vayan a saber por qué...

Pausa.

Vayan a saber por qué, por ejemplo, tantas veces me duermo preguntándome a quién voy a matar. No, no a quién voy a matar. Calma. Muy exactamente: si no voy durante mi sueño a matar a alguien. Quiero decir: alguno de quienes me rodean, me exceden —más de una vez he temido que el mismo sueño que me hace acostarme a su lado me haga levantarme, me arme —pala, pico, cuchillo, tijera, martillo también— me guíe sobre ellos, y ahí... Blood, Blut, Sang, matanza. Me veo haciéndolo. Rezaría casi por dejar de verme, dejar de tener ganas de verme haciéndolo. Entonces, todas esas queriditas, esas bellezas...

Pausa. Va hacia la ventana, para ponerse frente al haz de luz:

¿Cuál es la palabra húngara para decir sangre?

Busca.

Después de todo, yo también... —Ah, eso es: Ver ¡Ver!— yo también, yo, me hubiera quedado con mis hermanas. Unas hermanas que hubiera tenido, así, iguales a mí en correr, en gritar, en cielo. Moviéndome junto a ellas para siempre. Pero tiene que ser que, en la edad de esas carreras, de esos gritos, en la edad de la frescura, la encierren a una, —cuando ya te han atrapado, chiquilla, bien atrapada a sangre y cadenas, con la pez de la sangre, con el olor de la sangre, —la encierren entre esos muros demasiado apretados siempre sobre la piel, todas las telas que la cubren a una cuando niña. Nada vale quitar, volver a poner, desgarrar, es como si le estuvieran destinados a una. Y ese doble espesor con su flujo de sangre, empotrado lo más apretadamente posible entre los muros, los verdaderos muros, venga ya la piedra que nos impedirá, nos pesa, nos aprisiona. Yo les digo que me robaron para tomarme como un ramo y regalarme. Y ese ramo, ¿quién creen ustedes que lo ató? ¿Bien hacinado, bien estrangulado? Todo en ojos de ahora en adelante todo en ojos porque la vida refluye en la ventana de la celda, helos ahí ofrecidos, al postor llamado viril. Ustedes conocen, luego, el menú: coño y pito, amores, matría, etc... —Bebería a la salud de alguna de las que vivieron antes de esos días, tal vez; sí, seguramente, si me escuchara a mí misma, escúchate: a la salud de sus ojos, de su porte, a su claridad, a la claridad de antes del tiempo de grasa en que la doncella virgen, perforada hasta la cálida negrura del vientre, se infla, matrona, ¡puah! —Quisiera, creó yo, esa dulzura, la que aparece al borde del ojo como cuando se expone una, por la mañana, inocente, en la ventana. Sobre todo ese ojo azul, visto de perfil, bien abierto, hinchándose de día mientras ingenuamente espera. —¿Y no tienes vergüenza? No tengo vergüenza. Deberías. Debería yo. ¿Continúas? Continúo.

Pausa.

Está Majorova, el oráculo de mis lobos, está Darvulia, la bruja de mis néctares.

Citándolas:

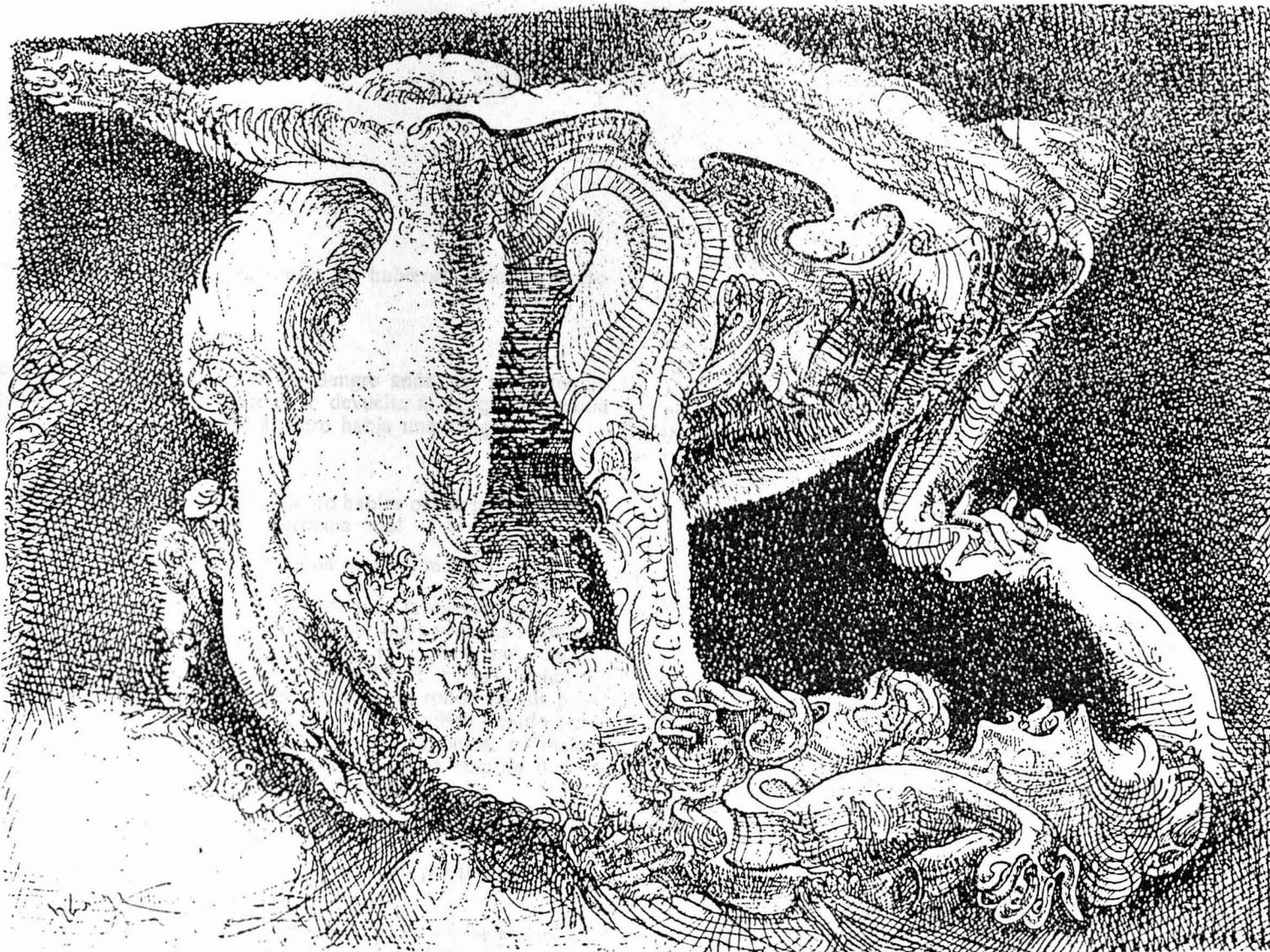
“Leche de tu piel, del claro tu sangre, y para siempre, si los unes al claro de sangre, a la noche lechosa de tus doncellas, si las revientas hasta ese punto.”

De golpe, se separa del espejo. La actitud y la voz son las de un juez castigando a una sierva:

Conque robando. ¡Cállate!

La interrumpe el brusco chasquido del postigo que se abre, del lado de la puerta. Dos manos depositan comida y bebida sobre la repisa, y luego se retiran. Mismo chasquido brusco del postigo al cerrarse. Ella se precipita, cayendo de rodillas, sobre la puerta, y pega el oído a la madera.

Nunca los oigo ni ir ni venir. Se envuelven los pies con trapos, apuesto. Contienen la respiración. Ni siquiera el ruido de aire de un vestido. Una vez aceché mientras vigilaba el transcurso del día; amaneció, oscureció, amaneció, oscureció: me alimentaron, yo nada oí. Nunca tengo que pedir nada, ni ropón, ni ungüentos; piensan hasta en el agua caliente. Todo me llega, pero como si estuviese sorda. —Ciertas noches, quiero decir; ciertos grises, hay roces de alas, vuelos, contra la muralla, con un grito. Se vive, se muere, se anda, allá, bajo el sol. Bueno.



Pausa. Quiere volver al juicio interrumpido. Pero la claridad ha bajado mucho. Hay que prender los candelabros:

¡No te muevas! La noche te sienta bien. Ajusta tan bien como puedas la puerta, Dorko, quiero silencio en derredor...

Las luces están listas; ella también, mascullando. Imagen móvil de un juicio sumario.

¿Conque robando? ¡Cállate, basura! Pero eres tan poca cosa que te perdono. ¿No es así, Dorko? Hasta voy a devolvértela, esa moneda. Te la doy, sí. Tiende la mano. ¿Tienes las pinzas, Dorko? Estará un poco más caliente, eso es todo. Está al rojo, para que te acuerdes de mí. Deposítala, Dorko, deposítala en su palma tan suave de putita, ahí, ahí.

Pausa. Apaga uno de los candelabros. Lleva el otro a la cabecera de la cama, y se acuesta sobre ella. Pausa. Se yergue para apagar ese último candelabro. Oscuro.

3

Mismo amanecer. Ella va y viene por el escenario, con obstinación.

La fiebre, y días y días en las piernas. ¡Su manera de andar, su paso! —Nunca lo lograré...

De pronto, rabiosamente, cita:

“Se le acusa en esta carta de haber asesinado a las nueve muchachas enterradas bajo la iglesia...”

Vuelve a echar a andar.

Sé que me espían desde hace tiempo. Thurzo, Mégyer, y hasta Máthias, el rey. ¿Me creerán loca como para haberlos recibido en Navidades sin sospechar nada? El saqueo de los trineos, el vaho alrededor de las bestias, los gritos por los pasillos y las chicas perseguidas, los tres días de música con sudor y vino, la fiesta y el semen, sé que todo ese teatro era para perderme.

A los invitados:

¿Pero, no coméis de mi pastel, mis señores?

Para sí:

Oh, bien lo he pisado para ustedes, amasado para ustedes contra mis pechos y mi vientre, mis pechos mi vientre mojados en una misma agua, con la misma leche con que amalgamé su masa, con mis néctares de noche, mis jugos de muerte, tal como me dijiste, Majorova, cálida mía, feroz mía. —Han venido a prenderme y no han comido de él. No prueban bocado y me miran, en mi propia casa, bajo las antorchas que se consumen, me sonrían, van a salir ilesos, me van a desgarrar en Presburgo, entre todos.

Se detiene de pronto frente al maniquí cubierto de vestidos, escoge uno. Mientras se lo pone febrilmente, intenta recordar completa la balada de la dama de Csejthe. Larga ojeada hacia el espejo cuando está lista. Retoques al maquillaje. Sigue andando. Su paso se convierte rápidamente en el de un animal enjaulado. Gime.

Y ahora, cómo decir:

Cita:

"No hubieras debido. Esa sangre no hubieras debido", etcétera...

Prueba con voz neutra:

Esa sangre, no hubiera debido. Sangre anónima, sí, la sangre perdida de los siervos, perdida o devuelta al bosque o vertida sobre mi piel, poco importa. Pero había una sangre.

Interrumpiéndose:

¿Oyes, Majorová, oyes eso? ¡Ah, no habías osado preverlo, querida mía, mi querida bruja, hermana mía!

Vuelve a empezar, con convicción cada vez mayor:

¿Así que esa sangre no debía? Nada más la sangre para nada de los siervos, ésa sí hubiera debido, sus hijas vertidas sobre mi piel. Pero había una sangre intocable, más pura, más densa, más bella, ¿pero merodeando para nadie en la más delicada noche de las mucosas? ¿Haciendo sin mí su ronda en sus profundidades ligeras? ¿Más clara, y que yo hubiera dejado perderse en ceremonias huecas, en sucios matrimonios, en malos sueños, en niñerías, en fiebres para nada a la sombra de los castillos? ¡Una sangre intocable, Majorová!

Cerrando los ojos, de pronto, con la distancia del aprendizaje:

¡Pero es que me la debes, tu sangre! Y es porque yo soy tu reina.

Se detiene, como si hubiera dicho demasiado. Vuelve a empezar, en busca de apoyos en la galería de los ancestros:

¡Vedme, vedme bien! Istvan, mi tío, tantas veces arrebatado por el hilo de su trineo deslizándose sobre la arena blanca: para usted no había sino la nieve, siempre, en toda estación se estaba en pleno invierno. Ni una sola voz que lo curara. Eso, es el viejo Gábor, tío de Écsed, babeando por el suelo y listo a morder a sus perros, su mujer, su gente, en lo más hondo de sus crisis: llamaba a eso su diablo. Istvan, el otro Istvan, el salvaje, mi hermano, siempre con la verga parada apenas se te ponía enfrente un rostro pálido. Y tú, primo Gábor, el avaro, rey de Transilvania, y también rey de Anna, tu hermana tan rubia, a quien le hiciste en medio de las delicias dos hijos. Y Klara Báthory, mi clara asesina, mi clara estranguladora, mi clara bebedora de hombres. Y entre todos estos devorados veo al último, mi tía, en manos de los Turcos que acaban de prenderlos a ambos, a él lo empalan y lo ponen a asar, mientras que a ti los soldados, la guarnición entera, te fornican, te embocan, te enculan uno tras otro. Luego el puñal. Y a ti también, primo Sigismund Báthory, te pregunto, esas noches en que le aullas a muerte a tu Austriaca, despavorida por tu salvaje: "Demasiado fea", gritas, "Demasiado fea, no puedo más, libérenme, Austria no vale un horror tal", antes de huir a Polonia para acariciar, solo, tus fantasmas, acariciar a tus fantasmas con tus grandes ojos de loco abiertos sobre la noche, te pregunto si es cierto, si es en verdad, si en verdad eso soy yo también, si soy yo."

Se detiene frente al maniquí, después de una pausa. Examina uno por uno los vestidos y lo despoja completamente de ellos. Finalmente, renuncia a escoger uno. Pero ver al maniquí le va a inspirar otra cosa. Con más convicción que antes.

Acaricia al maniquí, al principio con timidez, pero luego cobra ánimo al hilo de las palabras:

Larga mía, ligera mía, puta mía, perfecta mía. Demasiado bella, bien lo sabes que eres demasiado bella. Que no debes. ¿No es así, Dorko? Inmóvil, te veo llena de saltos, ¡de vuelos! Cierra los ojos, ciérralos. Dame tu verano, tus sueños, tus regocijos. Méame tu vida. Mea entre mis muros como en tus bosques, méame en las manos como sobre tus hierbas cuando te acucillas y sueltas, muslos inocentes. ¿Sabes lo que podría hacerle a tu vientre soñador? No llores. No lo haré. No hoy. No, aún no. ¿No es cierto, Dorko, que esta puta nos desespera?

Se concentra en una complicada trayectoria de sus uñas sobre el maniquí, como sobre una piel que arañara lentamente hasta hacer brotar sangre. Canturrea. Voz de la chica suplicada:

Ama...

Voz de Báthory:

Calla. Es dulce, mi nueva hermana. Y no te hablo de gozar. De cómo hubieran tratado de, de alcanzarte, piel contra piel, de subir hasta ti a golpes miserables, con para ti el deseo de guardar en pleno vientre esa dulzura que, cuando se retira, deja desamparada hasta el llanto. Eso dicen ellos. No te muevas. Te hablo de ti, de cómo eras para ti sonriendo hacia tu boca, plena en tus pechos, yendo desnuda en tu apostura, tus gestos, de lo que los alza, y cómo es cuando te, cuando te aligeras para dormir...

Se pone a arañar con más fuerza, tal vez a morder:

Dame, dame, dame...

Voz de la chica, dolorosa:

¡Oh, mi ama!, yo le...

Voz de Báthory, impaciente:

¡Ah, esas palabras inútiles! ¡Cállate!

Se pone a lamer el trayecto imaginario de la sangre.

Es nuestra fuente. La cálida. Nuestra rubia cálida jugosa fuente. Abre tus bellos ojos, virgen mía, ¡abre! Mírame cómo te bebo. ¡MÍRAME! Pero tenemos frío. Estamos desnudas, es cierto. Debemos vestirnos. ¡Dorko, vestido! El verde.

Se apresura, haciendo de Dorko, a recoger el vestido verde del montón que está en el piso. Viste con él al maniquí.

Eso es, eso, sí.

Con mucha dulzura:

Es a mí, no a un hombre, a un hombre que te atraparía al vuelo, es a mí, comprendes, a quien vas a dar lo más denso de tu vida que viene a latir ahí, y para que haga con ello una miel de la que se hablará por mucho tiempo, una miel haré que, —gracias a la plena sangre que corre aprisionada y pulsa en ti, que golpea y vuelve a golpear sobre el tambor frágil de tu piel, no he de morir. Darvulia me lo ha prometido, ¡ah! — ¡No lo creo, y también lo creo!



Llevándose la mano al talismán:

Por mi lágrima de sangre, mi semilla de fuego, mi hielo de semen.

Pausa. De pronto, se encuentra muy cansada, y hasta asqueada. "Fuera de papel", al operador:

Para el próximo amanecer, dame la luz de un golpe, me gustaría. Han pasado siglos.

El oscuro baja lentamente.

4

Brusco amanecer. Ella está de pie frente al rayo de luz al que devora con los ojos.

Beberme. Si el aire pudiera beberme, no opondría resistencia. me esfumaría sin retorno.

Después de una pausa, canta:

Un gran ciervo en su casa
Miraba por la ventana
A un conejo que llegaba
Y éste tocando a la puerta:
Ciervo, ciervo, abre te pido
Que me mata el cazador
Conejo, conejo, entra
Y ven mi mano a estrechar.

Pausa.

Era para hablar de mis ojos. No puedo. Quisiera sacármelos, creb. Bueno. Dejemos eso. Pues bien: nadar con la cabeza fuera de la sangre. Que los demás estén dentro. Yo permaneceré fuera de la tormenta, intacta. Es en otro lugar y es ahí mismo, enviaré a mis verdugos hembras, Dorko, Ilona. Yo descanso en el ojo. Sube hacia mí, viene hacia mí, y una vez ahí tengo ganas de deciros que seré vuestro Señor, vuestro Señor con una raja y con pechos, para que les cambie, cochinos.

Va hacia la puerta, donde se inclina para escuchar, pegada a la madera. Nada.

Si hubieran podido quitarme el viento, lo habrían hecho.

En tono de estar citando, haciendo un esfuerzo hacia Báthory:

El mismo año en que murió Ferenz Nádasy, Darvulia la inició a matar y ver morir. Hasta entonces Erzsébet había usado la excusa de castigar una u otra falta. Pero ahora—

Se detiene para "recitar" el contenido de una carta a Ferenz.

"Esposo mío tan amado. Dorko me ha enseñado una novedad: mate a palos a una pequeña gallina negra con un bastón blanco. Ponga un poco de su sangre sobre su enemigo. Si no le tiene al alcance, ponga la sangre sobre alguna ropa que le pertenezca. Entonces no podrá hacerle daño."

Pausa.

Matar y mirar morir.

Pausa.

Morder, ¿a falta de qué? Se ve una a sí misma agarrada al hombro, aferrándose con todos sus dientes, colgada del costado, con todas las uñas. Se aprieta, se aprieta, comérsela, molerla, reducirla a mí misma! Y todo lo que se echa en las palabras en ese momento, como vuelos que no hubieran echado nunca a volar. "Ah, me vuelves loca" —"Quiero morir, morir es lo que quiero." —"Mi hoyo, ¿lo quieres?" —"Y a mis pechos, ¿los amas, a mis pechos?" —"Quiero morir en tu cama." —"Guardarte dentro de mí." —"Siempre, toda la vida, eternamente." (Esas últimas: música irresistible.) —"Ganas de matarte. Tengo ganas de matarte." —Y nada; o tan poco. Queda la marca de los dientes. Con más frecuencia la de las uñas, en la espalda.

Pausa.

Uno se reconoce abismo. Siempre nos mantendremos abiertos.

Haciendo un esfuerzo, el esfuerzo de volver a encaminarse hacia Báthory:

Concebida para él. A tu sombra, Ferko, a tu olor, que me protejas de mí misma sin duda, que acaricies mi rabia y la pongas a dormir, a tu pequeña hija, ¿no?, la favorita entre todas, a la que cabalgabas a reculadas en la mañana de entablar la batalla, y en la noche de desplomarte. Hacían falta reinos y reinos de nieve para impedirte volver. Y yo la abierta esperaba, y luego qué. Que a cada regreso en medio de aquel agrio olor de polvo y de sudor se internara entre mis muslos como quien expugna, estaca en mano, hasta el corazón, hasta la sangre, preñada pero no plena. Suspiro, entra, dolor, se retira. Siempre por llegar, y nada. Inquietarse, estar en tensión, quererse, y nada. ¿No me dijo él un día: "Llora, llora aún más, loba mía...?" ¡Ah, sí! ¡Basura! ¡Su loba!

Da alaridos.

¡AHHH! ... ¡AHHH!

Se ha llevado ambas manos a las sienes. Quejidos sordos.

En qué baño esa voz de lejos que aúlla y me desgarras. Es en un agua profunda y tibia. Más cálidamente profunda que en Pistyan. Sí, me desgarras, desde entonces. El canto, desde entonces, para aliviar. Aullad para mí que aúllo. Vuestras voces en lluvia para apagarlo. Vuestros gritos para —¡o mejor peínadme! ¡Oh sí, peínadme!

Tono neutro, fuera de papel:

Sirvientas y damas de compañía le temían a tener que peinarla.

Habiendo vuelto al papel:

Oh, sí, que me peinen. Deshacedme los gritos que refreno. Desenredadme de mi dolor. Tirad hacia vosotras, separad hacia vosotras, con vuestros dedos que pasan; con los dientes ligeros cepilladme hacia vosotras, dadme un baño de paz por el pelo.

De pronto, salvajemente:

¡Me has hecho daño! No debías hacerlo, puta. Dorko, desviste,

manipula, hurga, que sepa que aquí arañamos, que desgarramos, con música. Quiero que se retuerza y sepa.

Pausa.

¿Fue esa la primera sangre, Dorko?, ¿cuando le di una bofetada a aquella? No era peinado lo que me había hecho, a través de la redecilla, sino un matorral. La abofeteo, sangra, de la boca, gota a gota, sobre mi brazo. No era posible que fuera un sueño: bien vi que en ese lugar, apenas hubo coagulado su sangre tibia, mi piel quedaba nacarada, diría yo. Tú también lo notaste. —Yo, digo como Darvulia: la sangre que vuelve nácar, que alisa, que une, nutre, rehace.

A Dorko:

¿Le duele? No oigo nada. Alfileres en los pezones, no lo olvides, siempre, en ese momento. Bajo las uñas; pero ahí con suavidad. Luego, en las piernas. Si le duele a esa puta, no tiene más que sacárselos. ¡Levántala, Dorko, quiero que me vea! Su ojo azul buscando al mío, volcándose en el mío. Su cielo entero zozobra. Dulce Jesús mío que sangra y muere.

Hace una interrupción para parodiar la amonestación de un pastor:

“¿Sabes, Erzsébet, que Cristo murió por ti?”

Risa. A Dorko:

¿Te acuerdas?

Le contesta al pastor:

Qué revelación, verdaderamente. ¡Hasta al Labrador conoce esa historia! —La corona de espinas, la sangre que mana suavemente desde ella. La herida en el costado, abierta por la lanza. Su corazón todo rojo, rodeado de rayos. Y luego: comed, bebed, pues esto es mi cuerpo, ésta es mi sangre. Y durante siglos la procesión de los tragones, de los caníbales de rodillas, el largo rebaño de comelones de Jesús, Jesús Báthory. ¡Por lo menos, soy creyente! ¡Y hasta practico!

Risa. Luego, a Dorko:

¿En qué estábamos? ¿En qué estábamos, ángel mío? ¿Meando, cagando de dolor, a sus pies? Mmmm, bájala, llevámela a la oscuridad del sótano, yo las alcanzaré para el festejo; que le dé sus bellos días desnudos a mi virgen de hierro, la frágil, la rubia, tan bien pintada de color carne. Sus brazos se cerrarán sobre sus brazos de infancia, sus flancos, su piel. De sus pechos abiertos lentamente surgen cinco puñales que se hunden en la piel de la viva, con el pelo volcado hacia atrás. Sangre. Néctar. Lo beberé por todos mis poros.

Si se quiere, la actriz espumea. Señal al operador. Oscuro.

5

Mientras termina de cambiar de vestido, amanece lentamente. Día más lejano, más sucio aún que de costumbre.

¿Es realmente de día? Se diría que es una luz de tormenta. A menos que esté nevando. Sobre los vivos. ¿Cuántas noches me faltan aún? ¿Cuántos de estos pobres resplandores? El espesor de tiempo que dure un caballo muerto, tal vez. Sí, es un viajero de otros tiempos quien cuenta: se vacía a un caballo de sus entrañas y al mal húngaro convicto de haberle vendido a



los turcos el menor niño cristiano, se le mete dentro, se lo cose bien vivo y enteramente desnudo. Sólo la cabeza queda por fuera, bajo la cola de la bestia, para siempre convertida en excremento. Que quede mirando al cielo y que muestre así por lo menos por el rostro y los ojos, que muestre su lenta muerte. Y cómo la carroña va pudriendo, al hilo de los días, lo vivo. —¿Me aproximo?

Se decide a prender los candelabros.

Seguramente que no con este gris de fin del mundo. ¡Hoy iluminamos!

Pausa.

Deambulo por Sárvar, cuando siento, en el hilo del aire, o en mi hambre, o en mi dolor, que en los Agustinos, que en Viena, habrá dulzura. Voy. — Algo vibra en Bezco, me apresuro desde Csejthe, por la red de mis caminos.

Corrigiéndose:

Hago que se apresuren, lanzo por la red de mis caminos a Jo, a Ilona, a Dorko mi caminante, a Kárdoska, ellas me traerán a mis vagabundas, a las bellas en sudor y frío, las lodosas que llegan a mí con los ojos apaleados por el viaje pero tan febriles por servirme, servir a la dama. La dama...

Dolorosamente.

que se infla, desinfla, chorrea, se pudre en el centro de la tela

sensible hasta el aullido. Secadme, cerrad ese vientre, ese bullo, a vuestra puta de reina, vuestra agua sucia de reina. Conocen ustedes la sangre de las reglas, sus grumos, sus espesores, sus flegmas, esa sopa mal diluida, ese engrudo que le apesta a una entre los muslos, ese hedor en el culo. — Que traigan a mí, de mi tierra a mi alrededor, a las que me pertenecen, y a las otras de más allá, las de sangre clara, pura de esperma, de ojos bebedores de cielo. Ese tropel desnudo de fragilidades con olor a vellón agridulce y piel tibia. Mis mujeres. Que me las expriman hasta el alma. Quiero el jugo de esos ángeles.

Pausa. Deambula. Dolor de cabeza. Canturrea pobremente.

¡Para poner mi cabeza a dormir, otra voz! Que no sea la mía. Que se alce más suave y vuelva a caer desde otra parte sobre mí.

Va al espejo.

¡Canta!

Vuelve a empezar a cantar. Se detiene bruscamente, trastornado por una emoción.

Ilona. Ilona. Perdón.

Llora. Después de calmarse, a una víctima:

¡Qué bellas somos! ¿Tu nombre?

Actuando como Ilona, tímida:

Ilona.

Para sí:

¡Ilona! . . . ¿Virgen? Contesta.

Ilona, mismo tono:

Virgen.

Para sí:

Me gusta tu voz.

Dirigiéndose a una sirvienta:

Me gusta su voz.

A Ilona:

No sabes cantar, claro está.

Ilona, animándose:

Oh, sí, sí. Siempre soy yo quien canta en las veladas y hasta en los oficios; el cura me . . .

Interrumpiéndola:

Deja al cura. Una canción de cuna. Un lamento. Un cuento. Una balada. Lo que sea. ¡Canta!

"Ilona" canta. "Báthory" queda prácticamente satisfecha del resultado. No así la actriz. Por lo tanto se detiene, vuelve a empezar, se detiene, a poca distancia del espejo, hasta que (sea cual fuere su contenido) el canto alcance la plena emoción. Entonces, Báthory, descompuesta:

¡Dios y Señor! ¡Qué crueldad! Tiende al cielo sin ceder, quiere tocar a fuerza alguna cosa, sin miramiento. Nuestra vida por tierra, en unas cuantas notas de una miseria insoportable.

Pausa.

No se comportó en lo absoluto. Mocos. Lágrimas. Caca. Pipí. Su sangre era la más oscura, la más espesa. Ella, tan clara. Sacada de su noche, descendiendo hacia mí. Desnuda. Desde su sueño allá arriba ha bajado los escalones fríos hasta mí que la espero. El sótano. Que me sacrifique liberada por mis lágrimas su dulce corazón de cantora. Mi jaula de hierro. Te está apretando ya, delicada mía. Picadla, picadla, que se agujere con las puntas, que se atraviese y me chorree, llorando, su vida, su jugo, su tibia sangre querida.

Pausa.

Que me las expriman hasta la voz. Quiero un coro de esos ángeles.

Está escuchando la consecuencia en ella de ese canto, cuando siente alguna necesidad. Se dirige tarareando hacia el retrete en el rincón, donde se desahoga tan bien como puede. Lo que aquí sigue, mientras se desahoga y un poco después.

Quiero — quiero que su canto me aspire, que absorba de mí todo el todo, que lave mi sangre, me desespere. Transparente como me quiero, eso es. Algo claro. Ligera. ¡ah, la eternidad de lo claro! La eterna infancia de la luz de ellas quiero

comerla, beberla. ¡Cantad a mí, que me entumezco! Cantad a mí, cabronas mías, ahora y en la hora de vuestra muerte y por siempre sobre mí. — Hacedme, rehacedme, lisa, cerrada, dura, ligera. Basta ya de cagarme todos los días, de aplomarme todos los días. ¡No esperaré en mi ventana hasta quemarme viva y para nada, devorada por mi piel!

Se yergue violentamente, no sólo para cambiar de vestido, sino también, después de una ojeada al espejo, para trastornar su maquillaje: se embadurna febrilmente una máscara rejuvenecedora.

Darvulia, Majorova, mis brujas, mis sombras, mis manos, mirad: no son ellas, no es su ojo, su voz, ni aun su sangre lo que me falta, de todas esas hembras, es el ojo de su ojo, la voz de su voz, quiero lo que las alza, la vida de su vida hasta el hueso de la vida, ¡dadme eso, dadme eso!

Recita con violencia, con la mano sobre el talismán:

"Isten, ayúdame y tú también, todopoderosa nube. Protégeme, a mí, Erzsébet, y consérvame por una larga vida. Estoy en peligro, oh nube. Envíame noventa gatos, puesto que eres el jefe supremo de los gatos. Dale tus órdenes, que se reúnan desde donde quiera que estén . . .

Es bruscamente interrumpida por el ruido de guillotina que hace el postigo al abrirse. Alguien deposita comida sobre la repisa. Ruido idéntico del postigo al cerrarse. Ella va a empezar de nuevo, con dificultad, en el tono y en el ritmo. Enseguida, fiebre creciente:

que se reúnan desde donde quiera que estén, desde las montañas, desde las aguas, desde los ríos, desde el agua de los techos y de los océanos. Diles que vengan hasta mí. Y que se apresuren para venir a morder el corazón del rey Matías, y también el de Moses Cziráky el gran juez, y el de su primo Thurzo, el Palatino — que desgarrén y muerdan además el corazón de Megyery el Rojo. Y libra a Erzsébet de todo mal."

Confiada: crescendo:

Sé que soy la favorita de los néctares, la elegida de las savias. Soy yo a quien prepara el bosque. ¡Hungria, toda Hungría, quiero que toda Hungría trabaje para destilarme! ¡Para escupirme! La tierra por sus capas, el bosque por sus maderas, sus hojas, sus humus, el cielo de noche, los fangos, el aire del aire, el agua del agua y esa clara fiesta de la sangre en la plena oscuridad de los cuerpos. Tráeme de vuelta, Darvulia, tráeme de vuelta las sangres que corren en la noche de esos cuerpos sin ventana. Seré el crisol de la sangre, seré la memoria de la sangre, su cuerpo eterno, su monumento testimonial, tú me lo has dicho. Sí, sí, sí, trae de vuelta a mí a esas pesadas, esas lodosas, esas cabronas durmientes, rastrilla hacia mí el granel de mis rubias caminantes de gestos ignorantes lejos de mí. Que me den fin. Me las beberé a todas. Lo claro de sus ojos, el néctar de sus voces, el jugo de su sangre. Que vuelvan a subir de mis sótanos, de la semipenumbra en que espero nacer a mí. Ilona con otras ha preparado el fuego, las ataduras, los aceros. Desnudas ya y temerosas. Con el cabello suelto las veo. Muy apretadamente atadas por los brazos. Primero la vara de madera verde, a golpes largos. Yo, yo doy los últimos. Entumecidas, queridas mías, hinchadas hacia mí. Dorko toma la navaja de rasurar, es hora, y corta. Sangre sobre mí, a las bóvedas, a los muros. Brota. Bajo las antorchas me cambiarán de vestido si las muchachas han rezumado bien. Cuando se des-



plomán, vuelven a caer, resbalan para morir, doy la orden de las tijeras. Es Dorko, una vez más, inclinada sobre ellas, con manos bermejas, quien me muestra cómo sigue, con las tijeras profundas, cómo sigue a lo largo de los brazos el hilo de las venas...

Quando la actriz cae, exhausta, el operador le concede la gracia del oscuro, mientras ella sopla uno a uno los candelabros

6

Lento amanecer. Ella está sobre la cama, inmóvil. Soñando tal vez o acabando de soñar, al cabo de un momento se revuelve suavemente. Algunas caricias, tal vez hasta la masturbación.

Me han vendido a los turcos y oigo que lloran por mí, por doquier. Oh, mis vestidos, mis vestidos.

Canta:

En casa se echó sobre su cama
 Mis vestidos mis vestidos
 Caed de vuestros clavos caed a pudriros
 al piso
 Quiero sí quiero verlos a todos llorar por mí.

Pausa.

No, estoy en el vientre del caballo, toda yo, me pudro sin dolor. Con los ojos ni siquiera a ras de la luz del día. Bajo el vuelo de las aves de rapiña en pleno azul, y sus gritos.

Dificultad al levantarse, como al día siguiente después de una orgía. Va hacia la puerta, se inclina a escuchar, vuelve a poner-

se de pie. No ha dado sino un paso, cuando vuelve a ponerse en posición de escuchar, sobrecogida, en vano. Se pone de pie otra vez.

Mi nombre. Creí haber oído pronunciar mi nombre. Bueno.

Está frente a la ventana, amamantándose con un poco de luz. Luego está frente al espejo. A media distancia, le da un retoque a su maquillaje rejuvenecedor. Se acerca:

¿Yo, ese puré?

Se echa hacia atrás:

¿Y ahora, esta muñeca?

Se acerca para escupirse a la cara. Aparta la mirada. Anda unos cuantos pasos. Vuelve al espejo para limpiar lentamente, el escupitajo que mancha su imagen. Se acerca aún más, y ahí donde se hallaba el escupitajo, besa ceremoniosamente a su reflejo. Luego se pone a distancia:

Toda esa sangre quiere decir otra cosa. No sé qué. ¿Quién sabe, tras de mí?

Erra por el escenario. Repara en la comida depositada sobre la repisa del postigo. Se acerca, la toca con la punta de los dedos y de los labios, se aleja, vuelve, y al fin termina de despertar comiendo cualquier cosa distraídamente. Lo mismo hace con la bebida, sólo que vierte parte de ella sobre la parte delantera de su vestido. Cuando se da cuenta de ello, vierte todo el contenido del recipiente sobre su ropa, acabando amargamente de ensuciar-se. Sin embargo:

¡No habrá sol después de mí! — Todos esos ojos que lo verán. Todos esos cuerpos que siguen esperanzados. Las que beberán el viento ligeras, mientras que yo buscaré con la boca abierta y con los ojos enloquecidos intentaré chupar el último aire olvidada ya por las vivas, las andantes allá arriba en el día tranquilo. Traed hasta mí esas piernas que se alargan, que querrán siempre alargarse hacia lo fresco de la hierba, esas caricias, traed hasta mí esas manos de música, esas lenguas que hurgan, esos dedos de hoja, ¡carajo! ¡Carajo! Noche negra tras de mí, ¡noche negra!

A una víctima:

Y tú, hablaste cuando había que callar. Se te dijo, sin embargo, que hay días, a mi alrededor — desde mí hasta los muros, desde los muros hasta los otros muros afuera, desde los muros afuera hasta las alturas de hierba, desde las alturas de hierba hasta los bosques allá lejos, días en que el menor resuello me roba de mí misma, en que el más mínimo golpe me manda a mundos de distancia de mí misma y allá, en que el ruido más ligero cava un hoyo ahí dentro, un hoyo de rabia en pleno hueso y que vibra como si no fuera a acabar nunca. En que debe haber un silencio perfecto, ¿lo sabes? En cambio, tú has hablado, hablas, desbordas por todos lados, ¡te viertes sobre mi paz! Apesta. ¿Es el miedo? Cose, Dorko. Cósele por tres días sus grandes labios de parlanchina. Su boca de arriba por lo menos no desbordará. Y por su boca de abajo, sí, eso es, su ancha, su beata, su portal de hija de puta, dásela a Ficcko, que se la pudra. Anda, sí, llora, aúlla para mí, aúllame — Yo, cuando me duele, no tengo pomada, no te tengo más que a tí — aúllame, que haya una hermana, ahí, ahí, que fuerza su figura y su contorno bajo mi fuego, el mío, que me sienta a mí, que yo sienta por ella. Ah, no, reanímala, Dorko, reanímala. Hurga en el coño, eso nos la devolverá. Sus pechos. Hacía mí. ¡Qué regalo! Suda. Lame, Dorko, mi cabra, mi lengua, lámeme esa bella sal, entre los pechos, ¿no es dulce? y en las pelambres, a la sombra de los brazos, esquíla, tunde a dentelladas, el otro, baja, baja, engúllete su dulzura, ah, sórbesela. Ramera, gran pájaro rubio, vibra con mi lengua, recontravibren tus muslos largos pellizcados — rasca, Dorko —, pellizcados cuerda a cuerda. Tuerce tu música hacia mí, dame, dame. Separa, flexiona. Ah, Dorko, mira, cuando se abre por última vez antes de que tú la —, cuando se abre, agáchate, flexiona te digo, mira bien lo más tierno, lo más frágil, lo más malva en esa dulce pelambre. No, aun no, salvaje mía. Coserás más tarde. Quiero verla inflarse. En otra ocasión. Átala, Dorko, pero apretado, apretado, para que, tan tirante ya de carne y de sangre, tan llena de peso, tan lisa, le dé aún más peso su sangre, para mí, sí, tan apretado que se infle, con venas rebosantes, sus arterias latiendo en la palidez de los brazos, en la dulzura del cuello, y que riegue su preciado fruto al menor pinchazo, ¡eso quiero, que se raje, que se esparza a borbotones, toda su sangre que la eche fuera, que reviente el odre tan querido que archirreviente, se descargue, se derrame a dos metros, que me estalle al hocico con su clara espuma calientita!

Puede haberse despojado de su vestido en un abrir y cerrar de ojos, para entregarse desnuda a la lluvia de sangre, a la lluvia de palabras. Es entonces, desnuda o casi desnuda, cuando podría terminar su aquellarre de acercamiento. Fuera de sí o si se prefiriere muy en sí misma. Pegándose al espejo, primero:

El frío de esa agua en lo caliente de mi sangre vena a vena, golpe a golpe. Cállate.

Pausa.

¡Ah, la fresca, la fresca, la fresca! — Cállate, prueba. Lista. Lista para mostrar mi Báthory. Después de este oscuro la tendré.

Pausa.

Solamente unos ojos, quería yo, unos ojos para recogerme...

Pausa.

Sobre el agua que se congelaba al instante, el resplandor de las antorchas. Ella, inmovilizada en plena carrera. ¡Lo que fue encontrarla en esa nieve de osos, con una noche como esa! Me veo, bajo el calor de las pieles, desde la portezuela del factón, viendo que la traigan desde el fondo negro de los árboles, allá, asida por Jo y Dorko, viendo cómo la desnudan en la nieve, y vierten agua sobre ella, que aúlla, cómo la cubren, piel y grito juntos, la cubren con agua fría, apresada por el hielo de inmediato. Además de venir hacia mí. De suplicar por el ojo de tibias lágrimas. Vierten todavía más. Se detiene. Sobre el agua que se congela, el resplandor de las antorchas. Ella, inmovilizada en su carrera. Gestos y gritos presos en el hielo. Y hasta el ojo que me mira bajo el bloque. Que se queda abierto ahí. — Había huído del factón cuando empezaba a morderla.

Pausa.

Lo pleno que detiene. Ni un hombre, no, con su verga inmóvil, promesa habladora y nunca respetada, apenas invadida una y ya se retira, sin ocupar nunca. No, una hermana mía, siempre nueva, en los dientes, en la piel, masco tus sueños en pleno, muerdo en tu música soñolienta por sí misma, quiero decir: en el canto llano de esa piel templada como las sedas de la ropa, mientras que yo ardo en pleno Nesus, pues bien, con todos mis dientes doy una tajada en el circuito de dulzura, lo abro, fluye a mí, me incrusto, arranco, tu carne liberada me revienta en plena boca, ¡ah, tápame, empápame, hínchame que me acabe yo, fórnicala a tu reina por la boca abierta, entónélame, dame, da, ven a buscarme a mi prisión, ven a tocarme con tu jugo, con tu carne música en la prisión de mi fuego para siempre! — Llegan y pasean frente a mis ojos su peso y sus vuelos. Me ofrecen, con su olor a bosque tibio, con su olor a pradera, con su olor a talud y a leche, con su sabor a bayas, me ofrecen sus días, sus ojos, su sudor, su caca, sus gritos. Quiero remontarlas, quiero remontar vena a vena por el curso azul de bella sangre que han enloquecido para mí, ah, van a inundarme, esas tibias plantas como beleños, a hacer llover sobre mí su sangre ligera, para que me ponga un manto, me funda, me rehaga, al secar su lodo en él van a apresarme, bajo su costra a darme forma, a apresarme enviándome sus néctares, sí, todas mis pequeñas abiertas cayendo en lluvia dulce sobre mí, vaciándose a mí, acabándose a mí, que les perfore la piel, que les perfore sus muros, que les perfore su luz, ¿no, no, no, no, no, no, no?

La actriz está ahora lista para "actuar" a Báthory. Hará aquí los gestos que puedan hacerlo ver. Oscuro final.